

historiador por su deseo de documentarse con exactitud y por su aptitud para realizar la cohesión entre los hechos aislados de un gran asunto. El lazo de las cosas en el edificio de la Revolución fué para él, según lo declara, el punto capital. En cuanto á su tono habitual declamador, lo ha empleado también contra ciertas partes de la Revolución, como el Terror, hasta el punto de parecer chocante á sus amigos y esto es debido á su imparcialidad peculiar que le hace sentir una piedad elocuente ante la desgracia.

La Revolución de Quinet es enteramente opuesta al libro de Alexis de Tocqueville, *el Antiguo Régimen y la Revolución*, que le precedió. Las vidas de estos dos hombres no dejan de tener cierta semejanza, pero sus genios son tan contrarios como los de Michelet y de Guizot.

El biznieto de Malesherbes, Alexis de Tocqueville, hijo y hermano de hombres políticos fieles á la rama mayor de la Casa de Francia, pero de un espíritu muy independiente, permaneció como ellos realista y católico.

Juez en Versalles á los veintidós años en 1827, hizo amistad con el sustituto del mismo tribunal G. de Beaumont y ambos jóvenes obtuvieron una misión en los Estados Unidos para estudiar, por orden de Luis Felipe, el sistema penitenciario. Uno de ellos trajo de allá la idea de una novela acerca de la esclavitud y el otro un enorme expediente llenó de notas: de allí debía salir la primera y más extensa de las obras de Tocqueville, *De la democracia en América* (tres volúmenes en la edición definitiva de 1874): « Consulta sobre la naturaleza, el régimen y la marcha de la democracia, una obra de filosofía experimental que se funda en una inteligente y seria investigación acerca de la civilización americana. »

Poco después de su regreso, abandonó Tocqueville la magistratura por amistad hacia G. de Beaumont que había sido destituido. Ejerció la abogacía en París, viajó y se casó en el extranjero. Vuelto á Francia, fué elegido diputado en 1839 y se mostró, bajo Luis Felipe, el más liberal de los legitimistas; fué reelegido en la Asamblea Nacional de 1848, formó parte del ministerio O. Barrot y fué preso cuando el golpe de Estado. Puesto en libertad recorrió á Italia, y acabó el *Antiguo Régimen y la Revolución* su libro más corto y duradero (1856). Murió en Cannes en 1859.

Se ha dicho que este último libro era, con *la Ciudad antigua* de Fustel de Coulanges, la obra histórica más original y la mejor escrita producida en el siglo XIX. Esta obra contrasta con la de Quinet sobre la Revolución, por la conciencia inteligente y por el método hábil. Estas trescientas páginas de Tocqueville le costaron quince años de trabajo. En ellas se encuentra todo lo que produjo la Revolución y todo lo que la misma destruyó. El estilo tiene el rigor y la sen-

cillez que convienen al procedimiento severo de la exposición. Tiene más flexibilidad y alguna más indulgencia que el de Guizot. Ha dicho sobre la Revolución las cosas más razonables y Quinet le ha rendido el siguiente homenaje: « Es un escritor nacido para iluminarlo todo con luz serena. »

V. Duruy, nacido en 1811, entró en la Escuela Normal superior á los diez y nueve años. Desde entonces fué y continuó siendo profesor de historia. Desde 1843 trabajaba en una historia de los romanos; habían aparecido dos volúmenes y el tercero se hallaba dispuesto (1849). El libro mostraba el establecimiento del imperio por César y Augusto como una consecuencia necesaria de las faltas de la oligarquía romana. Duruy temió que supusiesen que había escrito páginas de circunstancia, y esperó. Nombrado inspector de la Academia de París, y recibido de doctor, Duruy volvió á entrar en la Escuela normal, pero para enseñar. Dió entonces una *Historia de Grecia* en dos volúmenes. El jefe del Estado, que trabajaba en una *Vida de César*, solicitó su colaboración. Duruy no aceptó otra recompensa que la de ser nombrado profesor de historia en la Escuela politecnica é inspector general. En 1863, fué nombrado ministro de la Instrucción pública, habiendo conquistado al príncipe por el prestigio de su elevada conciencia profesional. Duruy aprovechó su situación y su ascendiente personal para asegurar, por medio de reformas en los diversos órdenes de la enseñanza, el progreso de las ciencias históricas, especialmente con la fundación de la Escuela de Altos Estudios¹. Abandonó el gobierno en 1868 y el 4 de septiembre, pudo volver á ocuparse en su *Historia de los Romanos*. Los cinco últimos volúmenes se sucedieron desde 1871 á 1885. Uno de los más hermosos capítulos es precisamente el que ocultó durante veinte años á la curiosidad del público por escrúpulo de sabio y de hombre honrado. Fué aficionado á las verdades generales, y poseyó además una elegancia y un encanto íntimo en la expresión.

De 1870 á 1900 acaban su carrera los grandes maestros ya citados, escoltados por discípulos cuya gloria lanza sus primeros destellos.

Renan nació en Tréguier, pueblo de las Costas del Norte, antigua ciudad

1. ¡ Dichosa la nación que logra ver al frente de la Instrucción Pública á hombres de tan elevada cultura intelectual y moral ! España no ha tenido, con frecuencia, esa suerte. La política de partido, acapara y empequeñece todo. La legislación, en materia de enseñanza es caótica y por lo tanto estéril. Las reformas son, como vulgarmente se dice, palos de ciego. Se tira el dinero sin provecho. Se envían al extranjero profesores pensionados que, con frecuencia, ignoran la lengua del país á donde van. ¿ Que provecho pueden sacar para sí y para los demás ?

monástica, el 27 de febrero de 1823. Su padre era capitán de cabotaje y un día hallaron su cadáver en la playa de Goelo.

Mi padre, escribe él en sus *Recuerdos*, me dió el ser á la vuelta de un largo viaje. En los primeros albores de mi existencia, sentí las frías brumas del mar, sufrí el helado cierzo de la mañana, y atravesé el áspero y melancólico insomnio del banco de cuarto.

Después de la muerte del capitán Renan, cayó la familia en la mayor miseria; se retiró por algún tiempo á Lannion y volvió luego á Tréguier. Su hermana se hizo maestra de una modesta escuela mixta, en la que el futuro académico aprendió á leer con las niñas de la aldea, antes de entrar en el colegio de Tréguier y de pasar, con beca entera, al seminario de San Nicolás du Chardonnet. Nos ha dejado un lindo retrato de su madre:

Mi madre, de genio alegre y abierto, era curiosa y más bien sentía afecto que odio hacia la Revolución; sin que lo supiera mi abuela, escuchaba los cantos patrióticos. *Le Chant du départ* le había causado viva impresión y no recitaba nunca el hermoso verso pronunciado por las madres:

De nos yeux maternels ne craignez point les larmes¹...

sin que su voz se conmoviese. Aquellas grandes y horribles escenas habían dejado en ella una impresión imborrable. Cuando se extraviaba en aquellos recuerdos indisolublemente ligados con el despertar de su primera juventud, cuando recordaba tantos entusiasmos, tantas locas alegrías, que alternaban con las escenas del Terror, parecía que renacía su vida toda entera. Adquirí de ella una afición invencible hacia la Revolución, que me la hizo amable á pesar de mi razón y de todo lo malo que de ella he dicho. No borro nada de lo que he escrito; pero cuando observo la especie de rabia con que algunos escritores extranjeros procuran demostrar que la Revolución francesa no fué sino vergüenza y locura y que constituye un hecho sin importancia en la historia del mundo, empiezo á creer que es tal vez lo mejor que hemos hecho, puesto que tanto nos lo envidian. (*Recuerdos de Infancia y de Juventud.*)

Al cabo de dos ó tres años, fué enviado al colegio donde era citado como modelo por el trabajo y la conducta. Sus triunfos le valieron el ser enviado á París, en 1838 (á los quince años); bajo la dirección del abate Dupanloup volvió á estudiar la retórica en el seminario de Saint-Nicolas. No pasaba por un brillante retórico, pero en filosofía logró desquitarse en la casa de Issy donde tuvo por maestros á los abates Gosselin y Magnier. En San Sulpicio se vió arrastrado hacia los estudios lingüísticos y tomó, del abate Le Hir, sus primeras lecciones de hebreo. El racionalismo triunfaba ya en él del dogmatismo; y la fe iba

1. De los maternos ojos el llanto no temais.

desapareciendo: el abate Renan, que sólo estaba ordenado de menores, retrocedió ante el subdiaconado y abandonó la Iglesia.

Pasé entonces, dice, los días más crueles de mi vida. Figuraos el aislamiento más completo, sin amigos, sin consejero, sin conocidos, sin apoyo, en medio de personas frías ó indiferentes; yo que acababa de abandonar á mi madre, á mi Bretaña, mi vida enteramente dorada, y tantos afectos puros y sencillos; ¡Veíame solo en aquel mundo para quien era un extraño! ¡Oh! ¡madre mía, oh cuartito mío, oh queridos libros, adiós para siempre! ¡Adiós alegrías puras y dulces en que me creía cerca de Dios; adiós mi amable pasado; adiós creencias que me habían arrullado tan dulcemente! Ya no había para mí dicha pura. Ni pasado ni aun porvenir. ¿Me admitiría este mundo nuevo? Acabo de abandonar uno que me amaba y me acariciaba.

Llevaba la penosa existencia de pasante de estudios, hacía solamente tres semanas, en el colegio Stanislas, bajo el abate Gratry y después en un colegio de la calle des Deux-Eglises (hoy día calle de *l'Abbé-de-l'Épée*). En dicha casa conoció á Berthelot; ha referido la juventud de los dos ilustres amigos.

En 1848, obtuvo el premio Volney; en 1850, el Instituto le concedió otro premio por su *Estudio de la lengua griega en la edad media*. En 1849 suplió al Sr. Bersot en el liceo de Versalles. Colaboró entonces en la *Liberté de penser* dirigida por su compatriota y amigo, Sr. Julio Simon, en el *Journal de l'Instruction publique*, en la *Revue asiatique*, en el *Journal des Débats*, en la *Revue des Deux Mondes*, etc., etc.

Su hermana Enriqueta volvió de Polonia donde ejercía el preceptorado, en 1850; Renan fué á su encuentro hasta Berlin; después ambos hermanos tomaron un cuarto en la calle de Val-de-Grâce enfrente del convento de Carmelitas. En aquel sitio discreto, propicio para el trabajo, y bajo los consejos de aquella hermana que fué un espíritu distinguido, se decidió tal vez el porvenir literario y científico de Renan. En septiembre de 1862, hizo tirar cien ejemplares de un folleto hoy raro, titulado: *Enriqueta Renan. Recuerdo para los que la conocieron*. Al frente decía: «Estas páginas no están escritas para el público.»

En 1883 escribió en el prefacio de sus recuerdos de infancia y de juventud:

La persona que mayor influencia ha ejercido sobre mi vida, quiero decir mi hermana Enriqueta, no ocupa aquí casi ningún lugar. En septiembre de 1862, un año después de la muerte de aquella inestimable amiga, escribía yo para el corto número de personas que la había conocido un opúsculo consagrado á su memoria. Sólo se tiraron cien ejemplares. Mi hermana era tan modesta, tenía tal aversión al ruido del mundo que hubiera yo creído verla salir de su tumba para dirigirme reproches si hubiese entregado al público aquellas páginas. Á veces he tenido la idea de unirlas á este volumen pero después he pensado que esto sería una verdadera profanación. El opúsculo acerca de mi hermana ha sido leído por algunas personas que

experimentaban hacia ella y hacia mí un sentimiento benévolo. No debo exponer una memoria que me es santa á los juicios severos que forman parte del derecho que se adquiere al comprar un libro. Paréceme que, al insertar estas páginas acerca de mi hermana en un volumen entregado al comercio, obraría tan mal como si expusiese su retrato en una sala de ventas. Este opúsculo no será pues impreso sino después de mi muerte. Acaso podrán unirse á él algunas cartas de mi amiga escogidas por mí de antemano.

La Sra. Cornelia Renan ha reunido y publicado el opúsculo : *Mi hermana Enriqueta* y las *Cartas íntimas*, cambiadas entre Renan y su hermana de 1842 á 1845. Es ésta la época en que tuvo que luchar con las dificultades de la vida y sobre todo con las vacilaciones de su conciencia. Se hallaba en el seminario de Issy y su madre en Bretaña. Su hermana, aquella hermana querida y abnegada, tipo ideal de abnegación, de inteligencia y de razonamiento, era institutriz en casa del conde Zamoyski, en Polonia. Aconsejaba y confortaba desde lejos á su hermano inquieto, sumido en la filosofía :

No me cansaré de repetírtelo, Ernesto querido, ni de pedirte con ternura casi maternal que no contraigas ningún lazo por precipitación; que seas capaz de conocer, antes de aceptarlos, los compromisos que han de fijar tu suerte. Podría, tal vez, querido amigo, emplear contigo el ascendiente que me dan mi cariño y la experiencia de una vida de sufrimiento; pero seré más sobria, porque creo en tu razón y me contentaré siempre con apelar á ella. Debes hacerlo en verdad, querido Ernesto; no has nacido para una vida ligera y convendré contigo en que la que te figuras sería tal vez la mejor para tus aficiones si pudiese realizarse. Más que nadie es capaz tu hermana de comprender el encanto de una vida *retirada, libre, independiente, laboriosa* y sobre todo útil, pero ¿ dónde hallarla? Por todas partes contemplo esa independencia, si no como imposible, concedida por lo menos á muy corto número y, por mi parte, no la he conocido jamás. ¿ Cómo puedo esperar que sea tu patrimonio en una sociedad en que la jerarquía es la base fundamental y en la que entrevés con razón una autoridad suspicaz?

Renan se hallaba en aquel momento torturado por la duda, vacilando entre su deseo de entrar en la carrera eclesiástica que le aseguraría el reposo para entregarse al estudio, y el temor de no tener una fe bastante robusta. Llegaba el momento en que había de presentarse á la tonsura. Luchaba y el cambio de cartas entre el hermano y la hermana es el diálogo sublime de dos almas elevadas. Por último tomó una decisión y escribió en 1845 :

Debo anunciarte ante todo, mi buena Enriqueta, que, con arreglo á tus consejos y á lo que he creído mi deber, me he negado á adelantar este año de subdiaconado al que me veía incitado, lo que, como tal vez sabes, es un paso irrevocable. Este paso no tendrá, estoy seguro de ello, ninguna consecuencia molesta. Antes de entrar en la discusión de nuestros proyectos, quiero, mi buena Enriqueta, completar las nociones que ya te he dado acerca de mis dis-

posiciones actuales á fin de que este conocimiento sirva para dirigirte en los pasos que tienes la bondad de emprender en favor mío. No recuerdo haberte expuesto los motivos en virtud de los cuales ha dejado de agradarme la carrera eclesiástica : quiero hacerlo hoy con toda la nitidez de un alma indomable y recta, que se dirige á una inteligencia capaz de comprenderla. Pues bien ¡ helos aquí en una sola palabra! no tengo bastante fe.

Su hermana Enriqueta le responde en estos términos :

Tu carta, mi querido Ernesto, me ha conmovido extraordinariamente, pero me ha causado una gran alegría, pues veo al fin aparecer en ella la resolución. Encuentro algunos rasgos de esa energía, de esa fuerza de voluntad que tanto he deseado para ti y sin las cuales no somos toda la vida, sino niños grandes.

Entonces hay que pensar en vivir. Entra como pasante en un colegio y se prepara para la Escuela normal ; pero no tarda en renunciar á este proyecto por el temor de no poner á cubierto toda su originalidad, en medio de la enseñanza que ha de recibir. Prepara entonces libremente el bachillerato, la licencia y el doctorado. Aquí terminan las cartas : la continuación se encuentra en los *Recuerdos de Infancia y de Juventud*. En el opúsculo *Mi hermana Enriqueta* es donde hay que buscar, evocar y bendecir la santa imagen de aquella amiga abnegada que inspiró las más hermosas páginas de nuestra prosa francesa al más perfecto, sin género alguno de duda, de nuestros prosadores.

Primero llevaba en Lannion á la iglesia á su hermanito abrigándole con su manto. Vino luego á París donde halló un empleo de maestra en un modesto colegio. Llevó á su hermano consigo y se encargó de su educación. Á su regreso de Polonia, halló de nuevo á su hermano para no separarse de él :

Entonces empezaron para nosotros estos dulces años cuyo recuerdo me arranca lágrimas. Alquilamos un cuartito en el fondo de un jardín cerca del Val-de-Grâce. Allí fué absoluta nuestra soledad. Ella no tenía relaciones ni procuró adquirirlas... La veía por la noche, durante horas y horas sentada á mi lado, respirando apenas para no interrumpirme; quería sin embargo verme y la puerta que separaba nuestras dos habitaciones estaba siempre abierta ¹.

Napoleón III envió á Renan con una misión á Fenicia en 1860. Su hermana Enriqueta partió con él. En Siria enfermó de la fiebre, después de haber dado pruebas de un valor heroico á través de toda clase de dificultades. La enfermedad le causó la muerte y fué depositada en el sepulcro de familia de Mikael Tobia, á la sombra de las palmeras :

1. Este cuadro de la vida íntima de ambos hermanos ha inspirado tal vez al excelente escritor. Sr. Romain Rolland para trazar las hermosas páginas de una de sus más bellas novelas : *Antoinette*. (N. del T.)

Allí permanece aún y vacilo en sacarla de aquellas hermosas montañas donde pasó tan agradables momentos, en medio de aquella buena gente á la que tenía gran cariño, para depositarla en nuestros tristes cementerios que le causaban horror. Seguramente quiero que algún día esté cerca de mí. Pero; quién puede decir en qué rincón del mundo he de descansar? Espéreme pues bajo las palmeras de Amschit, en la tierra de los misterios antiguos, cerca de la Santa Biblia.

Sea para nosotros su recuerdo como un precioso argumento de las verdades eternas que cada vida virtuosa contribuye á demostrar. Por mi parte jamás he dudado de la realidad del orden moral; pero ahora veo con evidencia que toda la lógica del sistema del universo se vería trastornada si semejantes vidas no fuesen más que engaño é ilusión.

¡Qué hermosa y consoladora conclusión que eleva el alma hacia esas alturas serenas en que se complacía su espíritu grave y en medio de las cuales resplandece, en una sonrisa divina la imagen de la tierna amiga! Pero después de tributar este recuerdo á la más amable de las hermanas, volvamos á 1849. Renan fué á Italia, de donde trajo los materiales para una obra sobre *Averroes y el averroísmo*, que le sirvió de tesis para el doctorado. En 1851 fué nombrado en el departamento de manuscritos de la Biblioteca nacional y, en 1856, á la edad de treinta y tres años, fué elegido miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en reemplazo de Agustín Thierry. Dos años antes había parecido en la *Revue des Deux-Mondes* un brillante artículo sobre la *Poesía de las razas célticas*, y había llamado la atención sobre él.

En 1860 emprendió el célebre viaje de Fenicia, en compañía de su esposa ¹ (la Srta. Scheffer, hija del pintor H. Scheffer y sobrina de Ary Scheffer).

De esta misión salió la *Vida de Jesús*. Á su regreso, fué nombrado Renan caballero de la Legión de honor y encargado después, en 1863, del curso de hebreo en el Colegio de Francia. Desde la primera lección en que se trataba de la divinidad de Jesús, fué cerrado el curso bajo la presión de los desórdenes de la calle. El ministro ofreció una compensación al profesor nombrándole para la Biblioteca imperial, pero Renan respondió al Sr. Duruy: *Sit tecum tua pecunia...* Y continuó su curso en su propia casa hasta 1870 en que Julio Simon restituyó su cátedra al orgulloso y obstinado sabio. Fué candidato en las elecciones legislativas en Seine-et-Marne y en las elecciones senatoriales en Bouches-du-Rhône.

Estoy, decía, á la disposición de mi país, para los negocios generales

1. Se había casado con la hija del pintor Scheffer, joven protestante de la que tuvo dos hijos: una hija casada con el Sr. Psichari, profesor de lenguas orientales y director de la Escuela de Altos Estudios, y un hijo, Ary Renan, pintor distinguido.

hasta los sesenta años; después, sólo me creo útil para lo que con tanta propiedad llamais las *Letras*.

Elegido miembro de la Academia francesa en 1878, en reemplazo de Claudio Bernard, fué recibido en 1879. Sucedió al Sr. Laboulaye como administrador del Colegio de Francia; según la costumbre era reelegido por sus compañeros cada tres años. El 26 de mayo de 1888, fué nombrado gran oficial de la Legión de honor; era miembro del Consejo de la orden desde la muerte de Mignet. Su obra es considerable: *L'Avenir de la science* (1848), *Mission de Phénicie* (1851), *Averroës et l'averroïsme* (1852), *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques* (1855), *Études d'histoire religieuse* (1857), *Essais de morale et de critique* (1859).

Les Origines du Christianisme, que comprenden ocho volúmenes; 1º *Vie de Jésus* (1863); 2º *les Apôtres* (1866); 3º *Saint Paul* (1869); 4º *l'Antéchrist* (1883); 5º *les Évangiles* (1877); 6º *l'Église chrétienne* (1879); 7º *Marc Aurèle* (1881); y 8º un *Indice general* (1883).

Histoire du peuple d'Israël (1888-1894), 5 vols.

Durante la publicación de estas dos grandes obras, aparecieron:

Questions contemporaines (1868), *Dialogues philosophiques* (1878); *Nouvelles Études d'histoire religieuse* (1884), *Mélanges d'histoire et de voyages* (1878).

Dramas filosóficos: *Caliban*, *l'Eau de Jouvence*, *le Prêtre de Nemi*, *l'Abbesse de Jouarre* (1878-1886).

Conférences d'Angleterre (1880), *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* (1883), *Feuilles détachées* (1892), *Discours et Conférences* (1887).

La Sociedad asiática le interesaba de un modo extraordinario. Es un rasgo que tenía de común, entre otros muchos, con Eugenio Burnouf. Es cosa notable ver á dos grandes espíritus colocar tan alto un título que no podía aumentar en nada su gloria. Nada prueba mejor á la vez la importancia de las investigaciones desinteresadas y el papel capital que asignaban á los estudios orientales en el conjunto de nuestros conocimientos. En el Instituto fué una de sus más constantes preocupaciones: el *Corpus inscriptionum semiticarum* al que consagró gran parte de sus fuerzas. Esta gran publicación había sido resuelta en principio en 1867 por la Academia de Inscripciones gracias á su iniciativa y á la de W. Waddington. Merced á los trabajos de los sabios franceses y alemanes, se hallaba suficientemente adelantada la inteligencia de las inscripciones semíticas para poder intentar la empresa. Las colecciones de Gesenius, de Lévy y del duque de Luynes habían agrupado ya gran número de textos. Las investigaciones del marqués de Vogüé habían echado los cimientos de una clasificación histórica de los alfabetos semíticos; pero había que reunir todos los textos y provocar nuevos des-

cuprimientos. Puso manos á la obra una comisión formada por los más ilustres orientalistas y cuya alma era Renan. Encantábale el profesorado, y sus cursos del Colegio de Francia eran para él un placer. Había siempre un auditorio numeroso que acudía á ver y oír al hombre. Renan era gordo y bajo; tenía el rostro redondo y lleno, completamente afeitado, los cabellos largos, á la moda de Bretaña y blancos. Su nariz era fuerte, sus cejas espesas y prominentes; sus ojos vivos tenían cierta expresión de bondad vagamente maliciosa é indulgente. Su tez era mucho más mate de lo que aparece en el retrato famoso de Bonnat.

Los que acudían al curso de hebreo para verle se lo comían con la vista. Los que acudían para oírle experimentaban una ligera sorpresa. Aquel estilista impecable, cuando hablaba, hacía recordar á Buffon, que escribía tan bien y que se expresaba en términos familiares que han llegado hasta nosotros: « ¡ Todo eso! — ¡ pardiez! — ¡ Venid á comer la sopa con nosotros! — ¡ Oh! el estilo es harina de otro costal y hay que saber hasta qué peldaño de la escalera hay que encaramarse! » Y para excusarse de semejantes trivialidades decía: « ¡ Bah! ¡ ahora estoy descansando! » Parece que la naturaleza cobra el rescate á los escritores y se complace en negarles la gran elocuencia cuando les concede un hermoso estilo. El curso de Renan era una charla enteramente familiar, con los codos apoyados sobre la mesa. Las manos, muy blancas, se agitaban con menudos gestos nerviosos que medían la frase ó anunciaban una observación picante. La fisonomía inquieta se animaba como con una sonrisa cuando el texto que había que explicar ofrecía alguna dificultad: era la sonrisa anticipada del triunfo. Su gruesa, cabeza, inclinándose de derecha á izquierda, permanecía inclinada como para mirar el libro al biés á la manera que un artista contempla su obra. La voz recorría con agilidad sorprendente toda la gama de los tonos, desde los más agudos hasta los más graves, con saltos bruscos. Á veces el maestro se levantaba y se dirigía lenta y pesadamente hacia el encerado para rectificar una falta del texto debida á la confusión de dos letras. Se veía bien que se hallaba allí como en su casa, en medio de sus oyentes, cuyas primeras filas se componían de concurrentes asiduos que seguían el curso en sus libros hebraicos y tomaban notas. Su mirada se quedaba algunas veces como pendiente de la pluma de uno de sus fieles oyentes; hubiérase dicho que contemplaba su pensamiento mientras se iba fijando de aquella suerte en el papel desconocido y anónimo que se le iba á llevar no se sabe donde. Fué un verdadero acontecimiento el atraer al pie de una cátedra, en que se explicaban y discutían textos hebreos, un público cuya mayoría estaba formada de profanos, de aficionados y de curiosos, de gente acostumbrada á decir de todo lo que les parecía indescifrable « ¡ es hebreo! » como se decía en otro tiempo: *græcum est, non legitur*.

Esto se debe á que aquel curso era un encanto. Se divertían con las locuciones triviales que pasaban á través del comentario erudito como si se ensartasen perlas en un hilo de bramante.

En medio de un flujo de pequeñas reflexiones profundas ó juiciosas, se mezclaban las comparaciones más imprevistas con otras épocas, sobre todo con la nuestra. El modernismo era una obsesión para Renan. Los profetas se convertían en los « protestantes » del judaísmo: hallaba en Isaías las teorías sociales de nuestros días y una palabra hebrea la recordaba la carta de un árabe al Sr. Wolff:

« ¿ Te esfuerzas por saber lo que son esas dos estrellas que giran una cerca de otra? ¡ Qué trabajo tan inútil te tomas! ¡ Déjalas y no te preocupes por ellas! El que las ha creado sabrá perfectamente hacerlas andar.

El Sr. Barrès ha referido esta graciosa ocurrencia del gran hombre:

Los profetas eran los periodistas de entonces; hacían sus artículos de fondo muy violentos en la plaza pública: Rochefort ó mejor aún la Srta. Michel, me ayudan con frecuencia á figurarme á Ezequiel.

Sus lecciones eran encantadoras para sus oyentes lo mismo que para él. No les consagraba una larga preparación especial. No hubo hombre que pensase menos que él en « componer », como se dice una lección, es decir una especie de trozo oratorio con exordio, desarrollo y epílogo. Cada día tomaba el asunto donde lo había dejado la vez anterior y lo continuaba hasta el momento en que sonaba la hora. Dicho asunto era de ordinario un texto, ya de la Biblia, ya de alguna inscripción; lo explicaba con abundancia, deteniéndose en todas las dificultades para resolverlas ó para declarar que no estaban resueltas; emitiendo en una plática incomparablemente libre y familiar todas las conjeturas que le ocurrían, rechazándolas con frecuencia él mismo con una sonrisa; invitando á los oyentes á someterle otras y dispensando á manos llenas los tesoros de su saber, de su pensamiento y de su imaginación. Se mostraba atento como el más meticuloso de los paleógrafos y gramáticos á los detalles más insignificantes y á veces lanzaba en medio de estos estudios de microscopia, alguna apreciación amplia y original que iluminaba como un inmenso relámpago el más lejano horizonte. Murió en 1892. Sufrió mucho antes de morir, pero sobrellevó sus sufrimientos con una calma que no se desmintió hasta el fin. Su filosofía estaba basada en convicciones científicas muy sólidas y en un sentimiento profundo de la grandeza de lo infinito y de la pequeñez del hombre. La víspera de su muerte, decía á su esposa: « ¡ Ánimo! hay que someterse á las leyes de la naturaleza de la que somos manifestaciones: el cielo y la tierra permanecen. » Las últimas palabras que resonaron en sus labios eran reminiscencias del cántico de Moisés: « Los días del hombre

son setenta años. » Había en él el alma de uno de esos grandes sabios de Oriente que tan bien logró comprender, una mezcla de filosofía resignada, del Eclesiastes y de las dudas de Job. El periódico el *Times* afirmó un día que había sido una figura original: « No hay en Francia más que tres personalidades bien marcadas: Renan, Paul de Cassagnac y Louise Michel. »

Por más que se haya hablado de su escepticismo, era muy propenso al entusiasmo; se apasionó por todo lo que hizo, por el hebreo lo mismo que por el teatro. Lo sabía y se lo decía á Maurice Barrès:

Toda mi vida me he visto consumido por la pasión. Para satisfacerla he rechazado antiguos amigos, y he apesadumbrado á los seres que me eran más queridos. Renuncié á un éxito seguro é inmediato en la edad en que puede proporcionar grandes ventajas. Hasta los cincuenta años no me he acostado jamás antes de las dos de la mañana. Por último he echado á perder mi estómago; ¿ no es esto propio de un hombre apasionado? Para conocer los orígenes de nuestra fe aprendí el hebreo, el siríaco y el caldeo. Eran para mí trabajos deliciosos y tales que no hubiera habido amante capaz de llenar mi vida como ellos. Creo que Don Juan tuvo un corazón mucho menos ardiente que el humilde filósofo que había en mí bajo el frío empujamiento jansenista de San Sulpicio.

La Sra. Sand, que me quería mucho, me invitó un día á Magny; quería que durante la comida sedujese á su amigo Gautier. Pasamos dos horas de delicada intimidad de espíritu. Admiraba yo á Gautier y me llamó la atención el desaliento de aquel gran artista. ¡ Cómo! ¡ sus frases brillantes, la hermosa nitidez de su visión le dejaban tiempo para mostrarse inquieto! Es que los poemas cortos, y un cuento perfecto no eran suficiente alimento para su pasión. Su entusiasmo tenía intervalos, días de dieta ó de carne fofa de periodista. Necesitaba esforzarse en seguida como un amante poco amaestrado y hacer nuevo gasto de energía. Por mi parte he dado cada mañana á mi pasión un diccionario y un léxico que devorar. El campo de los estudios históricos en que vivo es inmenso, y si llegase á faltarnos, entreveo las ciencias naturales que son inagotables.

Creó en Dios y en la patria¹. Á este propósito escribía:

Una nación es un alma, un principio espiritual. Un pasado heroico, grandes honores, y gloria son las bases sobre que se asienta una nación. Hacer grandes cosas juntos, y querer hacer otras aún: eso es ser un pueblo. Haber sufrido, osado y esperado juntos vale algo más que las aduanas para indicar una nación. Sobre todo haber sufrido. Los dolores valen más que los triunfos, porque los duelos imponen deberes y los deberes obligan al esfuerzo común.

Maurice Barrès ha hecho notar el carácter piadoso que indigna á los ateos:

1. Los positivistas y los libres pensadores han renegado con frecuencia de Renan. Véase la requisitoria publicada por el *Figaro* (n.º 277).

El beneficio que debemos agradecer al maestro es que ha encontrado una coyuntura para conservar al espíritu moderno la ventaja de esa prodigiosa sensibilidad católica, de que la mayor parte de nosotros no podría prescindir, porque ha contribuido á formar demasiado largo tiempo á nuestros antepasados. La juventud y las mujeres, en determinado momento, siguieron al autor de la *Vida de Jesús* y le amaron como á un apóstol, porque llevaba en sus brazos los hermosos tesoros hereditarios mezclados con los productos de la crítica moderna.

En filosofía no es cartesiano, ó espinosista, ó kantiano, ó hegeliano ó mejor dicho lo es todo á la vez. Admite todas las filosofías del mismo modo que admite todas las religiones. En su obra hay sitio para todas las concepciones del mundo. Se da perfecta cuenta de lo particular, de lo transitorio de cada sistema, pero ve también la parte de verdad. Así se explica esta declaración:

« La forma del diálogo es, en el estado actual del espíritu humano, la única que creo puede convenir á la exposición de las ideas filosóficas ». Y esta otra: « Nadie está seguro de poseer la clave del enigma del universo, y el infinito, que nos rodea, rompe todos los cuadros, y todas las fórmulas que desearíamos imponerle. » « La filosofía moderna tendrá su última expresión en un drama, ó mejor dicho en una ópera; porque la música y las ilusiones de la escena lírica servirían admirablemente para continuar el pensamiento en el momento en que la palabra no basta para su expresión. »

Agréguese á esto la afición de Renan á las ciencias naturales de que habló tan magníficamente en el elogio de Claudio Bernard en la Academia francesa, en la carta al Sr. Berthelot, en la respuesta al discurso de recepción de Pasteur:

Hágase la recapitulación de esta vida: una crisis de conciencia que tuvo la gran resonancia que se sabe y que puede muy bien señalar una fecha en la historia del catolicismo, — un resumen respetuoso, una interpretación por la simpatía de todo lo que ha sido la vida, el lazo de la humanidad pasada, — una neta afirmación de que el único papel positivo y posible para la humanidad consiste actualmente en la ardiente investigación científica; — y dígame si Renan no aparece como una sincera y elevada inteligencia que ha ejercido una influencia muy natural en una parte de la evolución humana. Ha cambiado insensiblemente el sentido de las ideas y de los símbolos, ha disuelto las concepciones facticias y ha buscado mayor cantidad de verdad. (G. GEFROY.)

El mismo escribió su epitafio, que es su examen de conciencia:

Lo que siempre he tenido es el amor á la verdad. Quiero que se ponga sobre mi sepulcro (¡ oh! si pudiese estar en medio del claustro de Tréguier! pero el claustro es la Iglesia, y la Iglesia sin razón no quiere nada conmigo) quiero, repito que se escriba sobre mi lápida: *Veritatem dilexi*. Sí, he amado la